

LA FANTASÍA FIGURATIVA DE R. T.

Se expone estos días en el Patio de Escuelas Menores de la Universidad una jugosa muestra de la obra de Ramiro Tapia. En el catálogo, y en las palabras con las que el propio Ramiro y Javier Rubio (su mentor) nos ilustraron la noche de la inauguración, quedaron plasmadas con precisión las razones, nimbadas de esoterismo, que han impulsado al artista a enrocarse en el castillo de su creatividad. Pero el esoterismo (un arcano inasible que uno y otro intentaron desvelar en su charla) no basta para explicar la grandiosidad apabullante de la obra de R. T. Se trata de una obra, ya cuajada hace décadas, en cuyos últimos cuadros una ventana nueva se entreabre a la abstracción figurativa. En efecto, con sólo eludir la perspectiva y pasando de puntillas sobre la gradación del claro-oscuro en la escala de medias tintas (clave de la corporeidad tridimensional de sus símbolos), R.T. ha conseguido recrear un mundo icónico distinto. Y ofrecer como primicia, lujuriosa de cromatismo, una buena colección de (yo diría que inquietantes) jeroglíficos bidimensionales. Pero para entender esa obra hay que ir a verla, dialogar con ella y sacar las propias conclusiones. Lo que autor y mentor nos contaron es su historia (la de ellos): un increíble y fantástico relato (pura fabulación), tan lírico que, por momentos, se hacía convincente. La glosa de Celia Sánchez hace unos días en estas páginas, brindó una sabia transcripción de lo que se dijo. Huelga, pues, hurgar en ello. Pero, hasta entonces, ha estado mudo el más importante de los protagonistas implicados en todo juego de arte: el espectador. Y a buen seguro que cada espectador, sobre la base de su cultura, de su sensibilidad, y de su gusto (que también es un arcano) ofrecería una historia distinta. [A propósito de lo que es bueno o malo en arte, pontificar es insensato]

Personalmente, sobre la obra de R.T., a quien he seguido con la misma fruición con la que le admiro, podía escribir un largo ensayo. Sin espacio aquí, sólo me cabe añadir algunas (pocas) puntualizaciones.

No creo que se pueda poner en tela de juicio su singularidad delatora: un cuadro de R.T. sólo puede ser de R.T. Es éste un atributo característico de (y sólo de) los grandes.

De todo su abigarrado mundo como inventor de símbolos me entusiasman -y entusiasman a la mayoría de los que avizoran- las que él (con una arbitrariedad llena de sentido) llama torres galácticas. [Siendo, como son, pura fantasía figurativa las podría haber llamado también torres fantásticas] Es cierto que recuerdan a las arquitecturas imposibles de Escher; pero me reconforta comprobar que R.T. ha sabido triunfar al transmutar con genialidad lo que en Escher eran dibujos ingeniosos en espectaculares obras pictóricas trascendentes. Y no hay quien me saque de la cabeza que insinuándose en los recovecos de esas torres, acoplándose a sus entresijos, no habitan (como Javier y Ramiro sugieren) ni monstruos ni ogros ni trastos. Pienso que lo que las torres esconden es el espíritu de ese diablillo sin malicia (su cara mefistofélica le delata), atormentado sufridor en su pelea creativa, que es nuestro amigo pintor. No dejéis de ir a comprobarlo. Allí, como un regalo añadido, podréis disfrutar del encanto que difunde la interacción de la magistral obra de R.T. con la serena belleza de la sala que la alberga.

LUIS SANTOS GUTIÉRREZ